

Su regeneración por la propagación silenciosa y rápida del Cristianismo.

Persecuciones de la Iglesia. Sus apologistas y doctores.

Los primeros Institutos religiosos.

Los primeros Concilios.

Paz y triunfo de la Iglesia; traslación á Bizancio de la Silla del Imperio en tiempo de Constantino.

Los principales sucesos de la *Historia de la Edad Media* son:

La invasión de los pueblos bárbaros.

La caída del imperio de Occidente.

Los diversos señoríos fundados por los conquistadores.

La Iglesia perseguida por los bárbaros, y conquistadora de sus perseguidores.

Los crecimientos de la Iglesia y de los Pontífices de Roma.

El Islamismo. Sus conquistas.

La restauración del imperio de Occidente en la persona de Carlomagno.

El feudalismo.

El desmembramiento del imperio de Carlomagno.

El Imperio germánico.

La guerra entre el Sacerdocio y el Imperio.

Las Cruzadas. Portentosos descubrimientos.

La caída de Constantinopla en poder de los turcos.

Los principales sucesos de la *Historia de la descomposición y del fraccionamiento de la república cristiana* son:

La reforma intentada y llevada á cabo por Lutero, Zwinglio y Calvino. Su propagación en Suiza, en Suecia, en Dinamarca, en Prusia y en las Islas Británicas.

El Concilio de Trento.

Propagación de la fe en Asia, en Africa y en América.

Instituto de los Jesuítas.

Guerras de Religión: guerra de treinta años.

Paz de Wesfalia. Consumación de la apostasía.

La conversión de las monarquías feudales en absolutas.

Guerras políticas para afianzar el equilibrio europeo.

Decadencia del Poder temporal del Pontificado.

Doctrinas filosóficas.

Sublevación de los Países Bajos.

Revolución de Inglaterra.

Guerra de la independencia en América.

Expulsión de los Jesuítas.

Revolución francesa.

Tales me parecen ser los grandes sucesos de la Historia, considerada desde un punto de vista más general.

II

LA CREACIÓN

Ningún espectáculo excede en magnificencia al del universo sino el de su creación, ni al de su creación sino el de su Criador, á quien magnifican los astros y los mundos, los ángeles y los hombres, los cielos y la tierra.

Ese ser sin principio, y en quien todas las cosas tienen principio; sin fin, y en quien todas las cosas tienen su fin; que es grande sobre todas las grandezas, y altísimo sobre todas las alturas, es el Dios que adoraron prosternados en el polvo Abraham en su tienda, Moisés en el Sinaí y Salomón en el Templo; el Dios que los gentiles ignoraron, y á quien, hecho hombre, dieron muerte afrentosa los judíos; el Dios que los judíos han de adorar y á quien los gentiles adoran, según Él mismo lo había anunciado á las naciones por la voz de sus Profetas.

No carecieron los pueblos gentiles de sistemas cosmogónicos: antes bien de ellos están llenas sus fábulas; entre sus sistemas, empero, y la enseñanza de Moisés, hay la misma inconmensurable distancia que entre la fábula y la Historia; la misma que entre los dioses homéricos, inventados por los hom-

bres y olvidados de las gentes, y el Dios bíblico, conocido de los hebreos y adorado por los cristianos.

Todos aquellos sistemas cosmogónicos, á vuelta de grandes diferencias, tienen entre sí una grande semejanza: consiste ésta en que en todos ellos hay una desproporción infinita entre el principio, el medio y el fin; entre el agente, la acción y la obra; entre el Criador, el acto, su creación y la criatura. En todos ellos el universo, que, considerado como fin, es el término del medio y del principio; que, considerado como obra, es el término de la acción y del agente; y que, considerado como criatura, es el término de la creación y del Criador, es, sin embargo, superior en dignidad y en belleza al Criador que le crió con su voluntad, al agente de quien fué obra, y al principio que le llevaba en su seno. Cosa que no causará maravilla si se considera que el universo es hechura de Dios, mientras que su Criador, en todos los sistemas cosmogónicos, era hechura de los hombres. ¿Qué mucho, pues, si la obra del Criador era superior á la obra de la criatura; si los dioses que inventó el ingenio humano eran inferiores en belleza á la noble fábrica del universo, cuya planta y estructura estuvo siempre presente en el entendimiento divino?

Todo el que acometa la hazaña de contar á los hombres el acto maravilloso de la creación, está obligado á mostrarles un Dios más grande que el universo, y un Criador más grande que la criatura. ¿Y dónde se encontrará el hombre que, siendo parte del universo, pueda acometer la hazaña de idear un Dios más grande que el universo, de que forma parte, si no está inspirado de Dios? ¿Quién puede ser ese Dios sino la maravilla de todas las maravillas, el tipo eterno, incomprensible, de todas las bellezas, el ejemplar magnífico de todas las perfecciones? ¿Quién puede ser ese hombre sino Moisés? ¿Quién puede ser ese Dios, sino el Dios de los cristianos?

La eternidad es suya, y El es la eternidad: la existencia es suya, y El es la existencia: la justicia es suya, y El es la justicia: la clemencia es suya, y El es la clemencia: la luz es suya,

y El es la luz: la verdad es suya, y El es la verdad: el principio, el medio y el fin de todas las cosas están en El, y El es el principio, el medio y el fin de todas las cosas: El es el gran contenido y el gran continente. El es el que es, y lo que es, y es porque es.

En el principio crió el cielo de los cielos con todos los espíritus puros, y la tierra con todas las substancias corpóreas, y aquel principio mismo que es el tiempo, el cual á su vez tuvo principio y tendrá fin cuando todas las cosas creadas.

Y no sacó las cosas de sí mismo, porque sólo procede de El el VERBO, que es procedencia del Padre; ni de la materia preexistente, porque nada preexiste á la creación sino el Padre, que existe eternamente por sí mismo, y el Hijo, que es engendrado eternamente del Padre, y el Espíritu Santo, que procede eternamente de los dos, y que compone con ambos el Dios verdadero, uno en la substancia y trino en las Personas. Las sacó de la nada por un acto de su infinita sabiduría, de su amor infinito y de su voluntad omnipotente.

Y la tierra que sacó de la nada estuvo informe y desnuda (*inanis et vacua*), siendo así á manera de un medio entre la nada de donde salió y la existencia del que la dió el ser; por cuanto tenía, de la nada, la carencia absoluta de toda forma actual; y de la existencia, la substancia, asiento de todas las formas posibles.

Y la tierra, así desnuda é informe, era el caos tenebroso en donde todas las cosas estaban fuera de su lugar, y en donde no había lugar para ninguna cosa.

Y la tierra estaba envuelta en las aguas, y el Espíritu Santo estaba sobre todo para fecundar con sus alas las aguas y las tinieblas.

Y dijo Dios: que la luz sea; y la luz fué: y separó de las tinieblas la luz; y hubo día y hubo noche: y dividió las aguas en superiores é inferiores, y puso entre ellas las bóvedas del Cielo: y juntó las aguas inferiores en un inmenso receptáculo, y le llamó *mar*: y á las partes áridas, que descubrieron las

aguas al juntarse, las llamó *tierra*. Así Dios hizo fecundo el caos, sacando de él todas las formas, como había fecundado la nada cuando sacó de ella todas las substancias inertes.

Y dijo Dios á la tierra que se vistiera de gala; y se vistió de plantas y de árboles y de flores y de apacible verdura: y para que todas estas cosas se renovasen en ella, llenó su seno de fertilísimas semillas.

Y quiso que el tiempo se sujetara á medida; y encendió luminarias en el cielo, y salpicó con estrellas lucientes sus bóvedas azules.

Y quiso que por los abismos del mar y por los horizontes de la tierra circularan seres llenos de vida: y crió todos los peces del mar y todas las aves del cielo: y pobló los horizontes y los abismos: y después que los crió, los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos: y les dió la potestad generadora.

Y dijo á la tierra que de sus antes estériles y ahora fecundas entrañas sacara todas las especies de animales y de brutos: y se poblaron de brutos y de animales todas las zonas y todas las regiones.

Y cuando todas estas cosas estuvieron hechas; y cuando una vida poderosa circuló por el cielo y por el ambiente, y por la tierra y por el mar; y cuando las aguas dieron testimonio de su existencia con sus incansables tumultos; y cuando brotó de la tierra una vegetación poderosa; y cuando los monstruos acuáticos y los terrestres discurrieron por los espacios anchurosos y por los hondos abismos, ágiles, sueltos y libres; y cuando las aves soltaron sus cantos armoniosos; y cuando tendieron sus alas despidiendo mil vistosos cambiantes; y cuando, para alumbrar todos estos prodigios, se encendieron de súbito en lo alto millones de lámparas refulgentes, Dios quiso poner un rey en este palacio espléndido, para que gobernara dichosamente este reino dichosísimo; y dijo: Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y que domine sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre los animales, y sobre toda la tierra, y sobre todos los reptiles que en ella se mueven.

Y como lo dijo, así fué: y crió al hombre á su imagen, y le crió á imagen de Dios, y crió varón y hembra.

Y los bendijo, diciéndoles: Creced y multiplicaos: llenad la tierra y sujetadla: dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los animales que se mueven en la tierra.

Y añadió: Todas las plantas y todos los árboles frutales, con las semillas que llevan en su seno, son vuestros y servirán para alimentaros: y así fué.

Tal es en compendio el maravilloso espectáculo de la creación: con la creación comienzan los tiempos: y con los tiempos las mudanzas: y con las mudanzas la historia: y con la historia la experiencia: y con la experiencia aquellos graves documentos que son perpetuamente la enseñanza perpetua de los hombres.

Sin ir más adelante, de lo expuesto en este capítulo puede sacarse una vivísima luz para esclarecer con ella algunas de las leyes fundamentales del mundo moral y algunos de sus más grandes misterios.

El verdadero Dios, el Dios de los hebreos y de los cristianos, se nos descubre aquí como la unidad, como la existencia absoluta; de esa unidad se derivan eternamente otras dos unidades: la del Verbo y la del Espíritu Santo; de esta manera, de la unidad se deriva una cosa distinta de ella, sin serla á pesar de eso contraria: esa cosa es la *diversidad*, derivándose de la *unidad* perpetuamente.

De la *diversidad* que constituyen las tres Personas divinas, se deriva eternamente la *unidad* substancial de las tres: de esta manera la *diversidad* va á perderse, si puede decirse así, en la *unidad* de donde salió, la cual es distinta de ella, sin serla por eso contraria.

La *unidad* sacando perpetuamente la *diversidad* de su fecundísimo seno, y la *diversidad* resolviéndose perpetuamente en la poderosa *unidad* en donde tuvo su origen, nos muestran claramente cuál es la ley eterna é inflexible del orden, así en

las cosas divinas como en las humanas, así en el cielo como en la tierra; siendo á un tiempo mismo la ley á que quiso sujetarse el Criador, y la ley á que vive sujeta la criatura.

Dios sacó al mundo de la nada por un acto de su voluntad omnipotente: siendo *innumerables* las cosas criadas por esa voluntad *única*, el fenómeno divino de la *diversidad* saliendo de la *unidad* se reproduce en el acto sublime de la creación del mundo: gobernándose como se gobiernan todas las cosas criadas por la voluntad altísima y omnipotente que las crió, la *diversidad* se resuelve en la *unidad* en la tierra, como se resuelve en el cielo: y la ley del orden es una misma siempre, y se ejecuta del mismo modo en el cielo y en la tierra.

Por esta razón, todas las gentes han dado al conjunto de todas las cosas creadas el nombre de *universo*; la cual palabra, reveladora de un misterio profundísimo, tanto quiere decir, si se descomponen los elementos que la constituyen, como *unidad* y *diversidad* juntas en uno.

Cada uno de los actos de la creación va seguido, en la Sagrada Escritura, de una fórmula por la cual Dios encuentra bueno lo obrado; lo cual tanto quiere decir como que Dios encuentra bueno que la *diversidad* salga de la *unidad*. Luego que todas las cosas estuvieron creadas por la voluntad de Dios, y regidas por su Divina Providencia, la fórmula aprobatoria del conjunto varía algún tanto de la aprobatoria de las partes. Dios califica cada acto de la creación de *bueno*, á la creación de *buenísima*; lo cual quiere decir que si es cosa buena y conveniente que la *diversidad* salga de la *unidad*, es cosa *buenísima* y *convenientísima* que la *diversidad* que sale de la *unidad* se resuelva en la *unidad* de donde sale.

Cuán trascendental sea esta observación, fácilmente se adivina ya sin ningún género de duda: no cumple, empero, á mi propósito ahora sino consignarla aquí, reservando otras consideraciones para cuando vaya más crecida la trama de esta historia.

La creación, que pudo ser obra instantánea y simultánea

de la voluntad de Dios, fué obra lenta y sucesiva; lo cual no pudo suceder, y no sucedió de seguro, sino por una razón muy alta. Sobre cuál haya sido ésta, contienden eminentes varones. Si fuera lícito al que estas líneas escribe aventurar una opinión sobre materia tan obscura á un tiempo mismo y tan grave, diría sin titubear que, al ponerse Dios por medio de la creación en contacto con la criatura, abandonó sabia, voluntaria y amorosamente la ley de la *perfección*, que es la ley de la Divinidad, por la ley de la criatura, que es la ley del *progreso*.

La primera exige la realización instantánea de todo lo que es bueno de suyo y conveniente; la segunda exige que todo lo que ha de realizarse en el tiempo y en el espacio se realice de una manera lenta y sucesiva; la primera reclama imperiosamente la intervención inmediata y directa de la Divinidad: la segunda, la intervención combinada del Criador y de la criatura, de Dios y del tiempo.

A la ley de la perfección viven sujetos los espíritus puros: á la del progreso, todas las substancias corpóreas: aquélla es la ley de Dios, y ésta la ley del hombre.

Esto sirve para explicar por qué las sociedades humanas retroceden instintivamente con espanto ante una idea ó una teoría que exige con imperio, y antes de haber salido pura del crisol de las controversias y de las discusiones, su realización perentoria é inmediata. En vano, esa teoría se presenta á la aceptación de las gentes en nombre de la verdad ó en el de las conveniencias del Estado. Las sociedades, obedientes y sumisas al poderoso instinto de su conservación, se revelan contra ella, como quiera que la primera de las conveniencias públicas y la primera de todas las verdades políticas y sociales, sin la cual ninguna otra verdad, si puede decirse así, es verdadera, y ninguna otra conveniencia conveniente, es que las cosas humanas se rigen y gobiernan por la ley del *progreso*, que exige la realización lenta y *progresiva* de la verdad en el mundo; al revés de la ley de la *perfección*, que no es humana, sino divina,

según la cual, la verdad entendida y la verdad realizada, son una misma cosa.

La idea de la creación, presente siempre en el entendimiento divino, era la más bella, la más grande de todas las ideas: la teoría de la estructura de la gran fábrica del universo era la más grandiosa de todas las teorías. Y, sin embargo, el soberano Hacedor de todas las cosas y el divino Arquitecto del mundo puso los seis días genesíacos entre la fábrica del mundo y la teoría de su divino Arquitecto, entre las cosas creadas y la idea de la creación de su Hacedor soberano.

No pondré término á este capítulo sin hacer sobre esta materia otra observación importante. Si la obra de la creación fué sucesiva, fué continua al mismo tiempo. Si Dios no sacó instantáneamente todas las cosas de la nada, tampoco suspendió el trabajo de la creación hasta que la creación fué llevada á venturoso remate. Si entre el principio y el fin de la creación puso seis días, no puso ni un sólo día, ni una sola hora, ni un sólo instante entre los seis días genesíacos. Hasta que los días de la creación fueron cumplidos, hasta que todas las cosas fueron hechas, no amaneció el séptimo día, que fué el día del reposo; con lo cual quiso Dios sin duda dar á entender á los hombres que la continuidad y la sucesión deben ir juntas, y que entrambas forman y constituyen la ley del *progreso*. Caminar despacio, pero sin reposarse jamás; caminar lenta, pero continuamente; ésta es la ley á que se sujetó el humano linaje desde que Dios puso en sus manos el bastón del peregrino, y le ordenó que peregrinara siempre hasta llegar á las regiones de las eternas moradas. Sólo en ellas luce terso, sereno, apacible é inmortal el séptimo de sus días: el día de su reposo.

III

ADAN: EVA: LA FAMILIA

En ninguna otra cosa se muestra más claramente la grandeza y la sabiduría de Dios, que en la formación del hombre. Habiéndole destinado en sus eternos é insondables designios á ser su hijo de adopción y rey de la tierra, formó su maravilloso compuesto de una substancia corporal y de otra incorpórea. Sacó su cuerpo del barro de la tierra, y por su cuerpo le sujetó á la disolución y á la muerte. Infundióle después el alma y la vida con un soplo, y por su alma espiritual, inteligente y santa fué capaz de sublimarse hasta el reino de los cielos. Siendo cosa propia de la Divina Sabiduría hacer semejante á sí por la libertad al que había hecho semejante á sí por el principado, le hizo libre y su libertad fué tan grande que le fué concedido dar la muerte á su alma espiritual, y convertir en inmortal el cuerpo mismo que había sido formado de la tierra. Lo cual, si bien se mira, fué nada menos que otorgarle la potestad altísima de turbar con su soberana intervención las leyes del universo, la tremenda potestad de hacer milagros. Porque, ¿dónde hay milagro mayor que hacer que lo que del polvo salió no vuelva á ser del polvo, que lo que vino del cielo no torne al cielo?

Formado el hombre de esta manera, el mismo Dios que le formó quiso ponerle en posesión de su libertad y de su principado, y lo llevó á un jardín delicioso cuajado de generosas plantas, que para él tenía dispuesto; y estando allí, mandó que se pusieran en su presencia todos los animales de la tierra y todas las aves del aire, para que recibieran de su Señor, con el nombre que habían de conservar, la librea de su servidumbre: y Adán les pasó revista á todos, y les puso los nombres que habían de tener; los cuales fueron conformes á las propie-